



Violencia, memoria e imaginación. Uchuraccay y Lucanamarca en la violencia política en el Perú

Por Ponciano del Pino H.

Violencia, memoria y representación son los tres ejes de análisis de esta Tesis para obtener el título de Master of Arts (History) en la Universidad de Wisconsin, Madison. Estos niveles son abordados desde la historia personal, comunal y nacional.

Se estudia la violencia política en el Perú, donde el Partido Comunista del Perú–Sendero Luminoso (SL) declaró la *guerra de guerrillas* contra el Estado Peruano el 17 de mayo de 1980. SL fue un movimiento maoísta que surgió en Ayacucho y desde donde extendió su presencia y acciones armadas por el resto del país hasta mediados de los años 90. Mi aproximación a la violencia es desde dos comunidades locales del departamento Ayacucho: Uchuraccay, en la provincia norteña de Huanta, y Huanca Sancos, en la provincia centro-sureña de Huanca Sancos. Estas comunidades andinas, aún cuando tienen historias diferentes, vivieron experiencias de violencia y represión extrema parecidas por parte de SL y las fuerzas contrainsurgentes durante los primeros años de la violencia política. Mas ocupan diferentes lugares en la representación nacional de la violencia política en el Perú, y tienen diferentes experiencias de recuperación luego de concluida las acciones armadas en la región.

Uchuraccay saltó a la (mala) fama a raíz de la matanza de ocho periodistas en enero de 1983. Pasó a ser un referente de la violencia política y de las imágenes sobre el “indio” todavía dominantes en el país. Debido a la polarización política del país, ese hecho dio lugar a las luchas por representar ese pasado; a las diferentes interpretaciones y representaciones en las cuales los uchuraccayinos no participaron, siendo además ignorados y exiliados de su propia historia. Este trabajo presenta las historias de estos campesinos, de cómo perciben y (re)interpretan la matanza de los periodistas dentro de ese conjunto de discursos y presiones externas, pero también cómo esa matanza influye en las memorias de los mismos uchuraccayinos sobre la violencia política como experiencia en general.

Al fijarse la representación de la violencia en Uchuraccay, también se oscureció y silenció otras experiencias que se daban en ese contexto. Lucanamarca es un ejemplo de ausencia local en la representación nacional; el silencio de la primera masacre perpetrada por SL contra 69 campesinos de Lucanamarca en abril de 1983, sólo dos meses después de Uchuraccay. Con esta acción, SL dio inicio a la violencia autoritaria que se extendería dramáticamente contra las poblaciones más pobres e indefensas de la sierra centro-sur y selva central del Perú. Por eso Lucanamarca es un símbolo en la memoria maximalista de la guerra de Abimael Guzmán, líder de SL.

Este trabajo busca entender ese proceso de violencia y su representación desde las comunidades. Aún cuando la violencia fue iniciada y se ejerció desde actores nacionales —SL y fuerzas contrainsurgentes—, la experiencia vivida localmente no fue en absoluto una simple reproducción piramidal de la violencia en un espacio vacío. Más que una reproducción pasiva de los contenidos de la violencia a un nivel general, esta experiencia se inserta en dinámicas locales de poder, política y cultura. Hay que entender la localización de la violencia en las comunidades, donde adquiere parte de su propia dinámica y contenidos.

La localización de la violencia

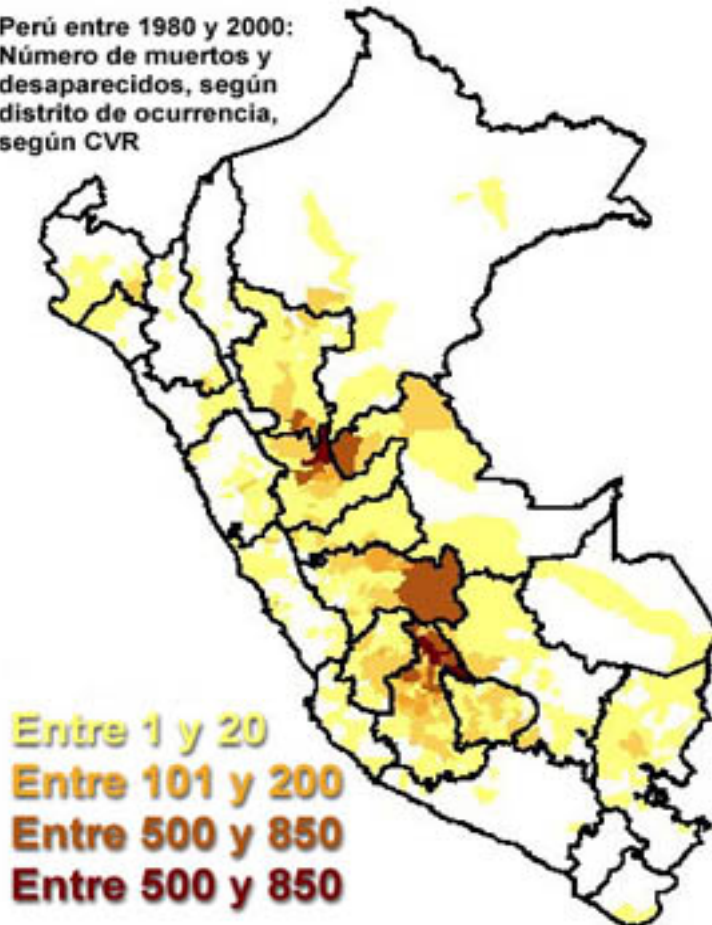
Tras dos años y medio de trabajo, la Comisión de la Verdad y Reconciliación del Perú (CVR) ha confirmado una de las características centrales de la violencia política en el Perú: la localización geográfica, social y étnica de las víctimas. Un “doble escándalo”, en palabras de su presidente⁽¹⁾: por la “indolencia, ineptitud e indiferencia” de los peruanos con la violencia y las víctimas, y por el número de muertos: 69,280 —el doble de la cifra oficial a la que estábamos acostumbrados, que era entre 25 a 30 mil—.

Cómo explicar que el país haya podido vivir sin poder advertir, lo que Mirko Lauer llama “la desaparición de la desaparición”, de miles de peruanos, quienes inexistían para la nación desde antes de fallecer (*La República*, 19.08.03). De hecho, la composición social y étnica de las víctimas explican en parte esta doble desaparición: del total, un 85% pertenece a cinco departamentos considerados los más pobres y marginales del país; un 75% son

poblaciones rurales, especialmente quechuahablantes, ubicadas en la sierra centro-sur y selva central, un 40% son de Ayacucho, región donde SL dio inicio a su lucha armada en 1980 y a quien se le atribuye el 54% de los muertos⁽²⁾.

Así, a la situación de pobreza y exclusión social se suma la violencia política. Si bien la pobreza y marginación no explican en sí mismas la violencia, la “desaparición de la desaparición” puede ser entendida dentro de una realidad compleja y amplia, caracterizada por políticas de marginación y olvido que han perjudicado históricamente a estos sectores de la población. Sin embargo, este contenido racializado de la violencia política explica más a ciertos niveles que a otros, y en ciertos momentos más que en otros. Más que un contenido fijo al proceso de la violencia, este contenido racializado se complejiza y relativiza si localizamos la violencia dentro de dinámicas políticas y culturales concretas. Es decir, la violencia entendida más que como categoría abstracta y fija que conforma los contenidos de la ex- >>>

Perú entre 1980 y 2000:
Número de muertos y desaparecidos, según distrito de ocurrencia, según CVR



Entre 1 y 20
Entre 101 y 200
Entre 500 y 850
Entre 500 y 850



perencia, proceso que se construye y conforma dentro de múltiples intersecciones y dinámicas políticas, sociales y culturales en las que se localiza. Son estas múltiples dinámicas que permite entender las formas, dimensiones y entendimientos políticos y subjetivos de la experiencia de la violencia: la organización social y la construcción ideológica donde se da y reproduce la violencia.

Por otro lado, la violencia no se da sólo bajo el ejercicio institucional del Estado. Foucault, hablando sobre guerra, poder y represión, sugiere que “el poder se ejerce, circula y forma redes” por medio del cuerpo social, de individuos e instituciones en diferentes espacios sociales⁽³⁾. Así, la violencia envuelve individuos, grupos e instituciones y superpone diferentes procesos políticos y formas de poder, violencia y agendas políticas.

Este estudio demuestra que la violencia involucró directamente a las familias y comunidades en una lucha interna y externa de la cual no han podido salir del todo aun hoy en algunos lugares. Por eso hablamos de violencias en plural: múltiples violencias que se silencian bajo la violencia política como referencia central de las memorias y narrativas de la guerra. Múltiples conflictos que se superponen y hacen de la violencia política un proceso envuelto en otros conflictos, agendas políticas y subjetivas, cuyas raíces van más allá del inicio de la insurgencia armada.

Memoria y representación

La violencia como experiencia humana nos enfrenta a trabajar el tema como una realidad política, moral y existencial. Las poblaciones de las comunidades de Uchuraccay, Huancasancos y Lucanamarca vivieron la violencia como experiencia “excepcional”; traumática por el impacto destructivo del sentido de la vida y la condición humana. Para muchos sigue siendo todavía una experiencia disruptiva, difícil de contar; para otros, la violencia es una experiencia que se reproduce y se prolonga en otras formas en el presente, distorsionando la vida y las relaciones sociales aun cuando las acciones armadas de SL son ya parte del pasado.

Este pasado presente nos desafía entender los procesos políticos y subjetivos de la experiencia de la violencia; lo que significa vivir tanto la experiencia de la violencia como el vivir con esa experiencia. Mi aproximación al tema de la violencia es tomando la memoria –y el olvido– como objeto de estudio. La violencia entendida tanto por sus acciones como por sus representaciones: de cómo la gente entiende e interpreta la violencia; dentro de qué sistemas de representaciones culturales y políticas son narradas esas experiencias; bajo qué contextos políticos son puestas en escena esas memorias, y; cómo se reproducen y cambian sus sentidos y significados en cada contexto.

En cuanto a los ejes de análisis, **Primero**, se entiende por memoria al proceso de dar sentido y significado a una experiencia; a las formas de como la gente recuerda el pasado desde el presente. Diferente a la memoria habitual, que es reproducida cotidianamente como una práctica natural, memoria es entendida en este caso como un proceso intersubjetivo y dialógico entre individuos y sociedad, dentro de sistemas de valores y creencias, y anclado en experiencias y formas de representación. Así, memoria implica trabajo; “los trabajos de la memoria”⁽⁴⁾, entendidos como procesos de organizar y representar el pasado. Más que memorización, la memoria es construida y reproducida continuamente, por lo que es selectiva y “esencialmente incompleta”.

La representación del pasado implica procesos de selección: Qué se recuerda del pasado y cómo no es un proceso neutral. En ese sentido, la memoria es una forma de moral práctica inserta en experiencias, y debe ser entendida “nunca fuera del tiempo y nunca moral y pragmáticamente neutral”⁽⁵⁾.

Segundo, en sociedades que vivieron experiencias de violencia y represión, el pasado es un referente poderoso y objeto de conflictos. La memoria, aun cuando es construida subjetivamente,

se ancla en experiencias, relaciones y disputas. Por eso se entiende por memoria un espacio de luchas políticas y simbólicas desde donde se actualizan y replantean las experiencias del pasado y los conflictos sociales y políticos en las que se inserta⁽⁶⁾. Hablamos entonces de memorias en plural y en conflicto buscando legitimidad y reconocimiento. Más que luchas entre memoria y olvido, son luchas entre memorias⁽⁷⁾ y, como se sugiere en esta tesis, el silencio de otras memorias expresadas en el reconocimiento de la memoria de unos y del olvido de otros.

En el caso Peruano hay que tener en cuenta las diferencias sociales que operan a diferentes niveles y escalas. No se puede desprender del análisis de memoria las jerarquías de exclusión social que han permeado tanto el proceso de la violencia como las formas de como han ido operando las formas de recordar y olvidar en el país: ¿Qué experiencias son recordadas –y olvidadas– en la representación nacional? ¿Quiénes tienen qué derechos –y poderes– para determinar qué debe ser recordado y cómo? ¿Por qué Uchuraccay logra trascender y alcanzar reconocimiento y no así Lucanamarca y Huancasancos? Son preguntas que buscan discutir las luchas entre memorias, y también cómo estas representaciones están cruzadas y estructuradas dentro de otras formas de lucha y desigualdades. Dentro de estas dinámicas de poder y políticas de marginación las memorias de los Uchuraccayinos quedaron silenciadas por dos décadas, frente a las memorias de la violencia en Uchuraccay representadas por sectores de izquierda, la prensa nacional, grupos de derechos humanos, entre otros.

Si buscamos entender la experiencia de la violencia desde las comunidades rurales, queda claro que no estamos hablando sólo de luchas entre memorias, entendida en un nivel de análisis que toma el espacio nacional como referencia. Estamos hablando también de memorias que silencian otras memorias, y se estructuran en prácticas y políticas de diferenciación de larga data. Asimismo, no es la simple representación de luchas entre Estado y sociedad civil; es en la propia sociedad donde se estructuran las diferencias de quiénes y qué memorias recordar y olvidar.

Tercero, la memoria es entendida como una construcción social. Maurice Halbwachs, historiador que ha enfatizado el sentido social de la memoria, señala que la memoria colectiva debe ser estudiada como un proceso social e histórico⁽⁸⁾. Las formas como los individuos recuerdan, organizan y narran la experiencia están “estructuradas socialmente”. El sistema de representación social e ideológica donde se estructura la experiencia —según Williams, “estructura de sentimiento”⁽⁹⁾—, estructura de valores y creencias ancladas en procesos y experiencias políticas y culturales.

El énfasis en la estructura social incorpora la memoria individual dentro de lo colectivo. Mas la experiencia es construida socialmente por valores y formas de narrar que son aprendidas social y culturalmente, por lo que la experiencia es vivida en sí misma como una experiencia personal. Hablando de experiencias de violencia, hay un nivel existencial personal a aprender que expresa la experiencia de la violencia. Aquí el reto es cómo incorporar diferentes perspectivas de análisis que permitan entender la experiencia a diferentes niveles. Esto hace sentido con el trabajo de Portelli⁽¹⁰⁾, quien desde la historia oral ha sugerido tres niveles de análisis donde se articulan las diferentes experiencias sociales: política, colectiva y personal; diferentes esferas donde operan y se dan diferentes sentidos a la experiencia, las que a su vez cambian en diferentes momentos y contextos sociales.

Luchas locales, comunidades e identidades

La memoria individual es incorporada en el análisis histórico como parte de una representación colectiva-nacional. Ese énfasis, que no aparece cuestionado en ciertos países, dista de la experiencia peruana, donde cada comunidad pareciera tener su propia memoria. El espacio nacional como referencia de análisis es más problemática, de ahí la importancia de ver, como sugiere





Portelli, los niveles donde se organiza la experiencia humana.

Mi aproximación a la memoria y violencia considera individuos y comunidades locales como lugares de análisis, pues así se puede entender la violencia como experiencia personal y colectiva, política y subjetiva. Contrario al énfasis de la experiencia individual enmarcada en la memoria colectiva, muestro los diferentes niveles donde se estructura y representa la experiencia. Más aún, "rescatando" la experiencia individual de la experiencia colectiva, podemos llegar a entender ciertos niveles de la experiencia que subjetivamente y políticamente dejan de ser representadas. Es decir, por medio de los fragmentos de la experiencia, de las contradicciones, quiebres o vacíos, que no llegan a estructurarse en la representación colectiva, podemos metodológicamente llegar a entender ciertos niveles de la experiencia de la violencia que son incomprensivos y/o silenciados por las propias poblaciones.

Son las experiencias que no se eslabonan en las narrativas y quedan olvidadas como experiencia las que me interesan. Haciendo uso de la idea de Stern de "nudos" convocantes, sugiero trabajar esos nudos en dirección contraria a como él propone: "de las memorias sueltas a las memorias emblemáticas"⁽¹¹⁾. Es decir, trabajar los nudos de las memorias sueltas como eslabón para poder entender las formas sutiles de la experiencia que no logran articularse en las representaciones políticas y colectivas. Sugiero que son los fragmentos que nos permiten entender lo que significó vivir esa experiencia, y que no puede ser significada por diversas razones. Es particularmente importante este punto tomando en cuenta lo disruptivo que fue tanto vivir como entender la violencia para estas poblaciones rurales de Ayacucho.

Esa sutilidad de la experiencia se puede ver más claramente en los testimonios que hice entrevistando a las mujeres, que se explica en parte por la propia experiencia de socialización y roles de género. De hecho, las formas como varones y mujeres recuerdan y cuentan experiencias de guerra se diferencian según roles de género y sexo⁽¹²⁾. Diferente a los testimonios de los varones, quienes manejan el poder de la palabra para contar e interlocutar, los testimonios de las mujeres permiten explorar experiencias que van más allá de las representaciones colectivas. Tomando en cuenta las diferencias de género y sexo en los procesos de socialización en estas comunidades, se percibe en los relatos de mujeres menos énfasis en estructurar relatos coherentes de la violencia, pues son testimonios que expresan más abiertamente emociones, vacíos y contradicciones, y encubren menos experiencias que podrían ser amenazantes para los varones.

Es el fragmento de la experiencia que me permite entender lo que significó vivir la experiencia de la violencia en estas comunidades. Más allá de lo coherente, ver lo que significó vivir la violencia y lo que significa hoy en día en esas personas y comunidades. Por eso, es tanto o más importante poder entender los silencios, que no son procesos arbitrarios, son experiencias difíciles de significar. Importante también es conocer los marcos sociales, políticos y culturales donde se negocia y organiza lo que se debe y no debe recordar y contar, argumento central de este trabajo, conocer lo que se silencia con la representación comunal de la violencia.

El poder del silencio se entiende más si consideramos que en las comunidades rurales de Ayacucho la violencia vino de afuera y de *adentro*, en sus propias experiencias personales, familiares y comunales. El enemigo en muchos casos podía reconocerse en el rostro de sus propios vecinos e hijos, como muestran ambos

estudios de caso. Así, silenciar ciertas cosas se debió a veces a presiones o decisiones individuales y colectivas, a veces bajo ciertas complicidades compartidas, en otras amargas y dolorosas, tensas y conflictivas, buscando conservar los siempre frágiles niveles de convivencia local entre las familias y comunidades.

¿Qué es lo que nos permite ver la experiencia de ambas comunidades? En verdad, Uchuraccay y Lucanamarca son experiencias llenas de problemas a ver sobre violencia, memoria y representación en el Perú. Algo que atraviesa dramáticamente estas historias son el gran desencuentro del país, expresado en los vacíos entre la representación nacional y los procesos locales de la violencia, y se explica en parte por la distancia y los prejuicios, la dificultad de entender la naturaleza autoritaria de SL, la violencia que terminó conformándose dentro de otros procesos sociales y políticos concretos, y el proceso sutil y violento de marcar los límites de lo que se debía y no hablar en estas comunidades.

Este proceso sutil de recubrir historias ubica a la experiencia social a diferentes niveles en la interfase entre el poder de silenciar y el poder del silencio. Es ese marco social, cultural y político el que necesita ser entendido para captar en las narrativas de la guerra lo que se afirman y se silencian, ya que las narrativas son sólo un medio, y muchas veces encubren el verdadero sentido de la experiencia. Queda por entender las estructuras y las relaciones de poder donde se negocian y contestan las formas y contenidos de las representaciones discursivas y narrativas que se transmiten. Finalmente, esta tesis es una historia estructurada sobre la base de fragmentos de experiencias históricas, política y subjetiva, donde "las pequeñas voces de la historia"⁽¹³⁾ se estructuran en procesos políticos más amplios, con políticas de marginación y olvido, estereotipos y prejuicios, y silencios operando a diferentes niveles.

Notas Explicativas

⁽¹⁾ Presentación de Salomon Lerner del informe final CVR. Lima, 28 de agosto del 2003.

⁽²⁾ Informe CVR 2003 (ver en www.cverdad.org.pe).

⁽³⁾ Michael Foucault, 'Society Must Be Defended'. Lectures at the Collège de France. Ed. Mauro Bertani and Alessandro Fontana. New York: Picador, 2003, pg. 30.

⁽⁴⁾ Elizabeth Jelin, Los trabajos de la memoria. Madrid: Siglo XXI de España Editores, 2002.

⁽⁵⁾ Michael Lambek, "The Past Imperfect: Remembering as Moral Practice," en Tense Past: Cultural Essays in Trauma and Memory, ed. Paul Antze and Michael Lambek, 235-254. London: Routledge, 1996, pg. 240.

⁽⁶⁾ Este énfasis resalta en los últimos estudios sobre memoria y represión del pasado reciente en América Latina (véase, Jelin 2002; Carlos Iván Degregori, La década de la antipolítica: auge y huida de Alberto Fujimori y Vladimiro Montesinos. Lima: IEP, 2000; Steve J. Stern, Remembering Pinochet's Chile: On the Eve of London 1998. Durham and London: Duke University Press, 2004).

⁽⁷⁾ Véase Jelin 2002:6; Steve Stern 2004:22.

⁽⁸⁾ Halbwachs 1992: 38.

⁽⁹⁾ Raymond Williams, Marxism and Literature. Oxford University Press, 1977, cap. 9.

⁽¹⁰⁾ Alejandro Portelli, The Death of Luigi Trastulli and Other Stories. Form and Meaning in Oral History. State University of New York Press, 1991.

⁽¹¹⁾ Stern 2004: cap. 4.

⁽¹²⁾ Véase Nancy Huston, "Tales of War and Tears of Women". Women's Studies Institute Forum, Vol. 5, No. ¾ (1982): 271-282; Jelin 2002: cap. 6.

⁽¹³⁾ Ranajit Guha, "The Small Voice of History". Subaltern Studies IX (1996): 3-12.



PONCIANO DEL PINO Historiador

**Becario Peruano
IFP AR&SC 1A**

*Ponciano está estudiando
un PhD en Historia en la
University of Wisconsin-
Madison, USA.*